

La historia y el *pensamiento oriental* en India y China

(Inconvenientes y desafíos en el marco de la investigación y la docencia)¹

Julio López Saco

UN MARCO GEOGRÁFICO-HISTÓRICO DE REFERENCIA

La fascinación, teñida de exotismo, que países y culturas como India y China han despertado desde hace varios siglos, ha pasado de ser un acercamiento romántico a su historia y pensamiento y, en ocasiones eurocéntrico bajo la lupa del cristianismo, a convertirse en una labor erudita en el marco de una serie de estudios e investigaciones rigurosos que, en aras de una mayor objetividad en su afán por conocer y valorar culturas enteramente distintas y dispares, han desmitificado algunas de sus "rarezas", propiciando su integración como factores históricos relevantes, en términos de igualdad, con la historia de Europa y América en el ámbito de la Historia Universal. La historia del sub-continente indio, tejida de fabulaciones y leyendas, ha enraizado sus orígenes en la cultura del Indo del III milenio a.C., donde se han formado algunos de los ideales religiosos, formas iconográficas y patrones filosóficos esenciales a lo largo de la historia cultural posterior, como el concepto de reencarnación y la costumbre funeraria de la incineración, decididamente pre-védicas. El devenir histórico chino, por su parte, ha conocido en las últimas décadas novedosas indagaciones que han propiciado la automática participación de investigadores locales y occidentales, que han comprobado, entre otros factores, la presencia de un olvidado neolítico gracias a las numerosas excavaciones arqueológicas, y han comprendido la continuidad y uniformidad histórica china desde, por lo menos, el IV milenio a.C. hasta la actualidad, evidenciada muy

¹ Reflexiones en honor al Padre Carmelo Elorduy, S.J.

claramente en el rol civilizador desempeñado por su escritura para el área del Extremo Oriente. En este ensayo nos proponemos estudiar ciertas peculiaridades y características acerca de la concepción de la historia en ambos polos culturales, así como analizar los retos y dificultades que la investigación y la docencia del pensamiento oriental generan en nuestro país, limitando así un conocimiento histórico que necesariamente debería ser contemplado hoy en día en el *pensum* de cualquier universidad, nacional o extranjera.

LA "FABULACIÓN" INDIA Y LA "INSTITUCIONALIZACIÓN" CHINA

El conjunto de estudios y conocimientos sobre el pasado histórico no reciente del sub-continente indio, aunque medianamente subsanado con la presencia de algunos títulos generales, sigue siendo escaso y con significativas lagunas, mayores que las que se observan en la historia china. Al pretendido desdén indio por el curso histórico de los acontecimientos se ha unido la extendida idea de su empeño por fabular, concepción que ha motivado la etiqueta de "historia mitificada" al referirnos al modo de historizar hindú. La imaginación autóctona ha prestado siempre especial interés por la confección de fábulas ingeniosas escritas con una sana intención edificante hacia el pueblo. Los habitantes de India consideraban su historia presente, pero la tendencia a convertirla en leyenda conforme pasaba el tiempo, adquirió visos de generalidad, motivando sarcásticos comentarios, como los de Heinrich Heine, acerca de la transformación de los hechos históricos en fantasía poética, leyendas y mitos. No obstante, debemos resaltar que los hindúes tienen hoy una visión muy nacional de su historia, resaltan la antigüedad de su cultura y reconocen una tendencia hacia la unidad y la uniformidad a pesar de los regionalismos fundamentados en diversidades religiosas, lingüísticas y étnicas. Creemos entender algunos de los motivos por los que India no ha realizado, como otros países, el papel de su historia, sin que tal peculiaridad deba significar una falta de memoria histórica de los acontecimientos. En primer lugar, el hecho que la escritura haya sido un privilegio de casta pudo haber impedido o limitado la fijación de hechos y minimizado la divulgación escrita, unido también a una valoración de la oralidad aún no perdida y evidenciada en la narración

mnemotécnica de las grandes epopeyas como *Ramayana* y *Mahabharata* o en las concepciones cósmicas acerca del ser supremo creador *Brahma*; en segundo lugar, y vinculado a la falta del verdadero rol del historiador según nuestros criterios, es necesario advertir una noción paradigmática del pasado, entendido, por consiguiente, como un elemento de gloria fácilmente mitologizable, acompañado por una óptica temporal cósmica y cíclica de estirpe budista, que concibe el tiempo formado por grandes *kappas* o eras de enorme extensión cronológica, de manera que el tiempo histórico sólo es una mínima fracción de otro cíclico y renovable por otro mejor e igualmente dilatado²; finalmente, en tercer término, pudo influir en esta singular visión la carencia en la historia india de períodos definidos con claridad y la discontinuidad espacial de sus desarrollos históricos, que se muestran atomizados, salvo algunas sobresalientes excepciones, como el imperio de *Asoka* en el siglo III a.C., el *sultanato* de Delhi entre el XII y el XIII o la formación imperial *mogol* de *Akbar* en el XVII. Es por este motivo, y por su carácter efímero, por el que no muchos acontecimientos y procesos han adquirido el adjetivo de relevantes por parte del historiador. La ausencia de conceptos abstractos definidos, como nación o patria, salvo en contadas ocasiones, pudo haber limitado las nociones de historia india. Estas particularidades no han impedido, sin embargo, que la Europa del siglo XVIII comenzara a fascinarse por la cultura india: la poesía, la religión védica y sus grandes divinidades masculinas, el sánscrito o la propia investigación histórica a partir del desarrollo y consolidación del colonialismo inglés, aunque bajo ideales en los que de manera preconcebida se admitía que la cultura india poseía un bajo nivel de desenvolvimiento y, por ello, era primitiva, secundaria o periférica. Tales concepciones sólo comenzaron a cambiar bien entrado el siglo XX, cuando aparecen manuales generales, como la *Oxford History of India*, que transforman la visión

² Algunos ejemplos sintomáticos pueden apreciarse en las lecturas de textos budistas. Véase al respecto, de Palma, D., (edit.), *Jataka. Veintitrés nacimientos del Buda Gotama*, Miraguano edic., Madrid, 1998, en la introducción, p. III. Un único día de *Brahma* ocupa unos cuatro mil millones de años humanos, dividido en catorce épocas, cada una presidida por un *Manú* y finalizada por un diluvio destructor; cf. Frilley, G., *India Sagrada*, edic. Abraxas, Barcelona, 1998, pp. 57-58. Sobre el pintoresco concepto del "genio" indio, véase Masson-Oursel, P., Stern, Ph., de Willman-Grabowska, H., *La India antigua y su civilización*, edit. UTEHA, México, 1957, en su introducción.

euro y etno-céntrica por otra universal, favoreciéndose, de este modo, las consideraciones globales.

Tradicionalmente se nos ha presentado la historia china como estática y conservadora, transmitiéndonos la sensación de una alta cultura, antigua, emblemática y venerable, pero también exótica e ideal. Las propias fuentes son responsables de una imagen eterna y poco dinámica, porque la conciencia histórica no se extendía a los documentos. Cuando la historia tomaba su forma, digamos ortodoxa, moral y políticamente útil, la documentación no interesaba, pues se trataba, principalmente, de los diarios de las actividades del emperador y los informes que se almacenaban y conservaban en los Archivos del Estado, de los que surgían las historias oficiales de las dinastías y algunos resúmenes documentales del monarca. Las funciones y objetivos conservadores de la historiografía china se hacen evidentes debido a su institucionalización: la sección historiográfica estaba dirigida por un ministro, en tanto que el resto de sus miembros eran funcionarios-letrados de carrera sometidos a las relaciones autoritario-jerárquicas de rigor, con lo que existía una opinión dominante que se imponía. El material histórico se elaboraba y repartía administrativamente, lo que hace que, mayoritariamente, las fuentes históricas estén redactadas en un estilo cancilleresco y aburrido, con escaso valor literario. El adoctrinamiento confuciano de los historiadores oficiales les hacía adoptar la óptica de la clase ilustrada superior, por lo tanto, los datos sobre las clases populares no abundaban en demasía. Se sacrificaba, en pocas palabras, la verdad histórica por la ética como modo de comportamiento socio-político.

En la conciencia histórica europea, China desempeñó un relevante papel cuando se adopta y se interpreta la idealizada imagen mítica del Imperio del Centro, que hace de esta cultura el cogollo ordenado, jerarquizado y civilizado del mundo frente a la periferia bárbara, gracias a la labor de los misioneros jesuitas de los siglos XVII y XVIII³, en el marco de la Ilustra-

3 Esta nueva, aunque parcial y subjetiva mirada, de China y su historia, determinada por las concepciones de los jesuitas, propició obras generales como *China Illustrata* de Atanasius Kircher, de 1667 o *Novissima Sínica historiam nostri temporis illustratura*, de Leibniz en 1697. El fondo ilustrado sirvió para que Europa se impresionara por todas las representaciones idealizadas de los funcionarios-letrados confucianos y su eminente posición en el Estado. En este sentido, y gracias también a la influencia de las artes (porcelana, bordados), se ha dicho que China tuvo una acción "progresista" en la historia intelectual europea del siglo XVIII, lo que contradecía, paradójicamente, la realidad china de su época. Acerca de la idea de China en occidente, recomendamos la lectura de la obra de Montenegro, A., *Historia de la China Antigua*, edit. Istmo, Madrid, 1974, en especial, pp. 41-50.

ción, y cuando a principios del siglo XX, y gracias a Spengler, se elimina el exotismo, fundado en las *chinoserias*, de la historia de China, a la que se adjudica, por primera vez, la calidad y significación equivalente a la historia europea y americana en el marco de la historia universal, y no al margen. La *sinomanía* del siglo XVIII, que se desplaza hacia una especie de "exotismo condescendiente", alimentado por enseres y bagatelas que traen consigo los comerciantes y soldados, acaba trastocándose cuando comienza a pensarse en la aplicabilidad sobre los textos chinos de las rigurosas técnicas de análisis filológico que habían resultado exitosas en los estudios latinos y bíblicos. Es el nacimiento de la disciplina de la *sinología* por mediación de pioneros como Stanislas Julien o Edouard Chavannes, los cuales, unidos al aporte conjunto de la arqueología, logran desvelar un legendario y periclitado pasado que acaba mostrándose esplendoroso y muy rico⁴. Este inicial despliegue ha alentado a los historiadores chinos a revisar su propia historia y el papel ejercido por algunas minorías, como los *uigures* o los *tibetanos*. Los métodos sociológicos y lingüísticos que se empezaron a aplicar en China han favorecido la proliferación de traducciones a lenguas occidentales de los clásicos, con todo su aparato crítico, así como la aparición de monografías eruditas, que han no sólo acercado la historia de China a otras regiones del mundo, sino que han desmitificado, expurgando las trivializaciones, algunos de los conceptos más arraigados acerca de la historia *stnica*, en especial su legendario escaso dinamismo o su inmutabilidad.

INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DEL PENSAMIENTO Y LA HISTORIA ORIENTAL

Cualquier iniciativa que demuestre interés en el estudio e interpretación de la mentalidad oriental, en este caso india y china, debe partir de

⁴ En el siglo XX los nuevos descubrimientos impulsaron las investigaciones en el campo histórico: las inscripciones sobre huesos escapulares de cordero y caparazones de tortuga de fines del II milenio a.C.; las excavaciones de Anyang, capital Shang; el descubrimiento de los manuscritos sobre papel, de los siglos V al X, en el Gansu occidental, o la apertura de los archivos de los Ming y Qing. Detrás de este gran impulso se encuentra la famosa Escuela de Zhejiang, heredera de los estudios críticos del siglo XVIII. En este sentido es recomendable Lombard, D., *La China imperial*, edit. Idea Books, Barcelona, 2000, en especial, pp. 5-8 y 107-109.

un principio axiomático imprescindible: es menester apreciar y valorar unas maneras de pensar diferentes para, de este modo, evitar banalizar o trivializar su trato y comprensión, en particular cuando, desde un ángulo comparativo, se produce un acercamiento al fenómeno religioso-ideológico. Algunas claves que garantizan una mayor dosis de objetividad imparcial y rigurosidad histórica deben ser tenidas en cuenta: el pensamiento indio es eminentemente fabuloso, cósmico, filosófico y de tendencia absoluta, además de presentar ideales ético-morales profundamente imbricados en su vida cotidiana mucho más profundamente de lo que es habitual en la religiosidad occidental, de inclinación más secularizante. Las intervenciones sobrenaturales, divinas, heroicas o demoníacas, se enmarcan en un ámbito temporal cíclico y cósmico que no valora al hombre específicamente como entidad más relevante entre los demás seres vivos de la naturaleza. La especulación, que busca entender de modo abstracto, en ocasiones a partir de un fondo mítico perdido o solapado, los orígenes del mundo y la génesis del hombre, han estado siempre muy presentes en el pensamiento oriental, y han servido para hacer comprensible al hombre en su relación con las divinidades, antepasados o el medio ambiente circundante. En el particular caso indio⁵ no es exagerado aseverar que la vida social y cotidiana mantiene un fondo de religiosidad muy patente y visible en las tradiciones, costumbres y peculiaridades propias: pensemos, así, en la sacralidad de la vaca, la controvertida actualidad de las limitaciones y prejuicios de casta, en llamativos rituales con la ofrenda de diversos alimentos a dioses como *Ganesha*, en la cremación del cadáver a las orillas del Ganges o los entusiastas y multitudinarios baños reparadores y purificadores en ese río sagrado, concebido como un dios personificado. En China, estas singularidades son menos apreciables en algunos casos, específicamente debido a las contingencias políticas por las que ese inmenso país ha tenido que pasar, como la llegada y calado del marxismo, indirectamente facilitada por los informes misioneros europeos⁶, y el panorama doctrinario maolista

5 En el marco de los aspectos comparativos en el seno de las religiones indoeuropeas, en especial entre la romana y la de los indios, deben revisarse los estudios de Dumézil, G., *Servius et la Fortune*, Bruselas, 1943, pp. 190-195 y *Déeses Latines et Mythes védiques*, Bruselas, 1956, en concreto, pp. 343-346.

6 Los misioneros jesuitas del siglo XVI se aliaron con el Estado chino en contra de la religión, y así el cristianismo entró en la oficialidad bajo la mirada protectora del gobierno, transmitiendo la idea de que la ideología oficial y la imagen de Confucio eran *sinarum philosophus*, minimizando, de este modo, el rol de los cultos del Estado. Para los misioneros

y su purga "cultural". Sin embargo, los elementos particulares esenciales no faltan: la mente china, a diferencia de la europea, más educada en el análisis de las causas, proceso fundamentado en la secuencia de hechos, e interesada por todo aquello aislable, clasificable, categorizable y sistematizable, no ha dispuesto de instrumentos viables para aislar o clasificar, como el alfabeto y, además, ha estado decididamente orientada a comprender la evolución de las cosas y fenómenos globales concediéndole más relevancia a los hechos circunstanciales, que en un momento determinado confluyen, que a la causalidad de dominio humano. Este pensamiento correlativo, palpable en la especulación filosófica cosmogónica y cosmológica, verificable a través de la adivinación y los números⁷, y que, además, es percibido microcósmicamente en el cuerpo humano, es el fundamento de la medicina y la mística taoístas, relativamente conocidas en occidente y en muchos casos disciplinas popularizadas con escaso criterio histórico y menor conocimiento profundo de sus componentes. Aunque menos percibible que en India, fruto de una orientación pragmática con la que se ha etiquetado la mentalidad vernácula, también el gran país amarillo es profundamente religioso. La radical diversidad entre el Estado, la corte y sus personajes, argumento fundamental de las fuentes⁸, y la China rural, localista, donde aún están claramente en efervescencia los rituales y ceremonias religiosas, ha deformado un tanto la percepción del historiador, que debe reconocer

cristianos China no tenía religión, puesto que el taoísmo era una creencia completamente aberrante. El confucianismo sería visto como una sabiduría moral agnóstica, en tanto que la religión de Cristo cubriría las necesidades espirituales. Para los filósofos del siglo de las luces China era un verdadero ensueño: nación sin religión, dirigida por sabios y con una cultura al servicio del Imperio. La sociedad entre letrados burócratas y el cristianismo no dejaría de estar presente en la rebelión de los *Tai ping* de 1850 que, en nombre de la verdad cristiana, destruye los santuarios taoístas, reductos de superstición. En este ambiente, no es difícil entender la ulterior intromisión y triunfo marxista. Véase Schipper, K., *El Cuerpo* edit. Paidós-Orientalia, Barcelona, 2003, pp. 34-35.

7 En correspondencia a la concepción espacio-temporal china y el valor de los números y los signos cíclicos, es muy recomendable Granet, M., *El pensamiento chino*, edit. UTEHA, México, 1959, especialmente, pp. 102-206.

8 La *Historia de los Han*, de Ban Gu, establece la pauta de las historias oficiales dinásticas escritas de ahí en adelante. Las historias dinásticas serían el producto de equipos de historiógrafos oficiales que compilaban rutinariamente datos de los archivos imperiales, sobre los que el poder político ejercía un severo control, propiciando distorsiones u omisiones convenientes. Sobre el particular véase Folch, D., *La construcción de China. El período formativo de la civilización china*, edit. Península, Barcelona, 2002, en particular, p. 240 y ss.

y valorar matices de esta índole. No debemos olvidar que la orientación racionalista confuciana, en su afán por vincular el poder imperial con una moral que exalta las virtudes del soberano, con la intención de jerarquizar y ordenar el núcleo familiar y el grupo social, ha ocultado deliberadamente parte del sustrato mítico chino, convirtiendo al sabio y civilizador *Huang-di* en el gobernante que inicia la historia, y haciendo caso omiso respecto a mitos y leyendas de la antigüedad remota, probablemente neolítica, que, antropomorfizaban, como en el caso de *Nu Kua* o *Fu Xi*, los orígenes del mundo y del ser humano. La China de los letrados e intelectuales de la corte transita senderos distintos a los de las masas populares, apegadas a los rituales, en ocasiones mágicos, de los maestros celestes taoístas. En los dos ámbitos que aquí manejamos debemos, también, no dejar de considerar las tradicionales y presentes tendencias regionalistas, donde minorías étnicas, lingüísticas y religiosas, más ostensibles en India, donde la unidad nacional siempre ha parecido más artificial que en China, han sabido mantener incólume su idiosincrasia y sus costumbres, como los *Sijs* en el noroeste del sub-continente o los *Miao* en la China meridional.

Esta puesta al día de algunos de los presupuestos culturales que debemos conocer a la hora de estudiar la historia oriental no puede obviar las imperantes dificultades que rodean la investigación al respecto en nuestro país, en concreto, el acercamiento a las fuentes, el manejo bibliográfico en lengua hispana, la particularidad de las lenguas y la nula infraestructura para su aprendizaje en Venezuela, así como las trabas de publicación. Si bien las investigaciones y trabajos serios sobre la historia y religión orientales, en especial acerca del hinduismo, taoísmo y, fundamentalmente el budismo, son cada vez más numerosos, todavía representan una significativa minoría respecto a estudios en inglés, francés o italiano. Sin embargo, ciertas editoriales han rescatado antiguos y sobresalientes ensayos de autores indios (Coomaraswamy) o japoneses (Ikeda, Suzuki), y han comenzado la labor de traducción y comentario de fuentes esenciales para el análisis del pensamiento oriental, como el *Wen-tzu*, el *Laozi huahu jing*, el *Chuang-tzu*, el *Shangai Jing*, el *Lie Tse*, o el *Dhammapada*, las *Upanisads* y el *Bhagavad Gita*, por citar sólo algunos. Los títulos de Paidós-Orientalia, Kairós, Sophia Perennis, el grupo Zeta, Mensajero, Trotta, Siruela, Akal, Miraguano o EdaF, representan un notable esfuerzo editorial que desea acercar la cultura oriental al público en general y servir de enlace con el

investigador o docente en el intento de facilitar su labor. Las versiones al español de muchas investigaciones cuya publicación se produjo en emblemáticas editoriales europeas, como la francesa Gallimard, o norteamericanas, Cambridge o Princeton, son también de inestimable ayuda. En Venezuela contamos en sus buenos años con la magnífica y prolífica Monte Ávila, que no tuvo reparos en recoger trabajos meritorios como los de van Gulik acerca del sentido de la vida sexual en la China antigua, el de Cheng, respecto a la concepción y lenguaje estético de la pintura de inspiración taoísta y zen, o la espléndida edición del *Chuang-tzu*, traducido y comentado por el propio padre Carmelo Elorduy, así como ciertos esfuerzos editoriales de antaño alcanzados en los años setenta por la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. A pesar de todo, una investigación profunda al nivel de ciertas tesis doctorales todavía debe llevarse a cabo en el extranjero y acudir a las fuentes indias, chinas y japonesas que, numéricamente al menos, siguen siendo las más abundantes, lo que supone como condición el conocimiento de alguna de estas lenguas y en su defecto o como complemento, algún otro idioma instrumental, en especial, inglés o francés.

Aunque contamos en nuestro idioma con diccionarios modernos de chino-español, fruto, por cierto, del pionero trabajo erudito de algunos lexicógrafos chinos y sinólogos jesuitas, como los padres Arrizabalaga y Carmelo Elorduy, en los años cincuenta, las universidades venezolanas no cuentan con la infraestructura suficiente para impartir solventes cursos específicos de chino, básicamente mandarín o cantonés, ni de sánscrito, y sólo el japonés parece tener cierta tradición y algún predicamento. El sánscrito es una lengua culta, alfabética y polisilábica, de carácter sagrado, declinable como los demás lenguajes indoeuropeos, y con una gran riqueza semántica, especialmente predispuesta para hacer comprensibles procesos abstractos complejos, en tanto que el chino, en sus variantes, es un idioma concreto, monosilábico, indeclinable y sin gramática sistemática. En muchos estudios e investigaciones tanto el sánscrito como el chino son usados en su forma transcrita y se prescinde de su acentuación fonética para beneficiar la comprensión y la lectura aunque se sacrifique la pronunciación; en el caso chino, los términos son empleados siguiendo las fórmulas de romanización y transliteración típicas, que han facilitado, en tanto, el acercamiento a las fuentes: se trata del sistema *Wade-Giles* y

el *Pinyin*, el método oficial chino basado en criterios fonológicos y que la gran mayoría de los sinólogos occidentales ha adoptado en sus reflexiones sobre el mundo oriental. La creación de centros de estudios orientales en nuestras universidades y la imprescindible participación de algunos expertos extranjeros y nacionales podría paliar, como ya ha ocurrido en México o Argentina en el ámbito latinoamericano, esta carencia, y propiciar un gradual avance en la comprensión de esas lenguas y, por consiguiente, de todos sus procesos culturales más complejos.

Las ciclópeas dificultades de publicación de trabajos o monografías sobre temática oriental se enmarcan en continuos, y aparentemente irresolubles, problemas financieros, y en la determinante orientación hacia investigaciones que se inserten únicamente en el marco de la historia nacional o, a lo sumo, en el ámbito latinoamericano, despreciando, o quizá no valorando suficientemente, cualquier otro tipo de estudio histórico, lo que se traduce en la escasísima presencia de revistas especializadas sobre historia, cultura o pensamiento orientales, y en la grave carencia de especialistas en estos temas, que nunca podrá solventarse mientras no llevemos a cabo una ardua labor de formación que requiere, a su vez, en un marco cíclico evidente, el aprovechamiento de los existentes o la ayuda de algunos foráneos, que bien pudieran ser latinoamericanos, mexicanos, argentinos o españoles. Ambas son tareas que las políticas educativas de nuestras universidades deberían enfocar a futuro para recuperar, tras un proceso en las últimas décadas que parece involutivo, un terreno que se sospecha perdido. Deberíamos, pues, capacitar especialistas en las disciplinas de la historia universal y en el ámbito metodológico de las mentalidades, y, de este modo, además de alcanzar el nivel que otros países latinoamericanos ya poseen, no relegar al olvido las actividades que en la ULA merideña E. Capriles desarrolla con dedicación o aquellas que algunos docentes e investigadores de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela queremos implantar y dar a conocer. Sólo de esta forma, plena de interés y sacrificio, podremos alcanzar el desempeño mexicano de El Colegio de México, que cuenta con publicaciones de renombre mundial como la Revista de Estudios de África y Asia, o la merecida fama como traductores y como expertos estudiosos de las filosofías y religiones indias de especialistas argentinos como Fernando Tola, Carmen Dragonetti o Lilliana Daris, sin entrar a

valorar *in extenso* los aportes hispanos de Dolors Foch respecto a China o Rodríguez Adrados y R. Panikkar en relación a India.

En profunda afinidad con esta reseña a la investigación histórica en el marco del orientalismo extremo-oriental, la enseñanza universitaria de la historia y la cultura asiáticas debe encaminarse, a la espera de la apertura de diversos frentes en el seno de los intereses curriculares de nuestras magnas casas de estudio, a la presentación de seminarios y talleres, con un trabajo metodológico de base fundamentado en un mínimo conocimiento de las estructuras de pensamiento a través del uso de material textual y audiovisual documental, así como por mediación de determinados recursos tecnológicos a nuestro alcance, en especial, *internet*, que permite el acceso a documentación, bibliotecas, ensayos monográficos, exposiciones e, incluso, a variados y certificados estudios a distancia impartidos por reconocidas universidades, institutos y casas de estudios, como por ejemplo, UOC (Universitat Oberta de Catalunya), la Pompeu Fabra barcelonesa o la Complutense de Madrid, por reseñar sólo algunas. Del mismo modo, y como necesario complemento, la organización de foros y la participación de conferencistas puede y debe abrir el camino a los intereses que en este campo de investigación y reflexión puedan tener algunos estudiantes y profesores que deseen incursionar en el, para muchos, apasionante mundo oriental.

REFLEXIONES A MODO DE CONCLUSIÓN: MOTIVACIONES PARA CONOCER EL PENSAMIENTO ORIENTAL

En cualquier caso, y lejos de pretender hacer una apología al respecto o de convertirnos en acérrimos e intransigentes valedores de los estudios sobre la religiosidad, la filosofía o la historia india y china o, más allá, del ámbito geo-histórico del Asia oriental como único recurso historiográfico, defendible a ultranza, frente a otros marcos referenciales en el seno de lo que conocemos como Historia Universal, no quisiéramos concluir sin unas consideraciones finales referentes a una interrogante esencial, ¿por qué enseñar la historia y los modos de pensamiento asiático-orientales? En primer término, para valorar en su justa medida, fuera de pseudo-estudios carentes de rigor y que abusan de una pretendida sobre-espiritualidad oriental mal comprendida y que suele catalogarse bajo el epíteto de esoterismo, una

forma de pensar y vivenciar el mundo cercano al entorno natural, haciendo del hombre no su centro rector sino un elemento más en el armónico y equilibrado desarrollo del Universo; en segundo lugar, para cubrir algunas lagunas históricas hoy en día no pertinentes, tanto desde la óptica metodológica como de los contenidos, en tanto que hablamos de grandes regiones geográficas y culturales que, a pesar de su ámbito civilizador propio, no han estado tan aisladas, ya desde antiguo, de otros entornos históricos como pudiera creerse, tal y como la presencia de Persia y posteriormente los árabes musulmanes, como intermediarios privilegiados en Asia central, constatan en referencia a los contactos comerciales y de ideas, entre el gran Imperio Romano, India y el Imperio chino de los *Qin* primero y de los *Han* de *Wu-ti* después a través de la famosa y emblemática Ruta de la Seda; en tercer término, para desmitificar y desarraigar para siempre la imparcialidad y confusión generada por el euro-centrismo occidentalizante de la historiografía más reaccionaria de una época, que pretendía seguir observando el mundo occidental y su historia bajo el equivocado prisma de su originalidad embrionaria frente a la concepción periférica y secundaria de la historia del resto del mundo. Es hora, por consiguiente, de enfatizar el carácter ecuménico de la Historia Universal y, en cualquier caso, recordar, sin afán revanchista ni de ambages retóricos de venganza, que el origen de la especie humana fue africano y que las primeras sociedades urbanas que generaron la "civilización" fueron asiáticas, próximo-orientales, y no mucho después en el tiempo, chinas.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA ESENCIAL

- AGUD, A. 1995. *Pensamiento y cultura en la antigua India*. Madrid:edic. Akal.
- BLUNDEN, C. / ELVIN, M. 1994. *China, gigante milenario*. Barcelona:edic. Folio.
- CHENG, A. 2002. *Historia del pensamiento chino*. Barcelona:edic. Belaterra,
- CHESNEAUX, J. 1969. *Asia oriental en los siglos XIX-XX*. Barcelona:edit. Labor.

- EMBREE, A.T., / WILHELM, F. 1984. *India. Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés*. Madrid: edi. Siglo XXI,
- FRILLEY, G. 1998. *India Sagrada*. Barcelona: edic. Abraxas.
- FOLCH, D. 2002. *La construcción de China. El período formativo de la civilización china*. Barcelona: edit. Península.
- GARCÍA-ORMAECHEA, C. 1988. *India inmortal*. Madrid: edic. Historia 16.
- GERNET, G. 1999. *El mundo chino*. Barcelona: edit. Crítica.
- GONZÁLEZ BUENO, A. 1991. *Historia de la ciencia y de la técnica. India y China*, vol. 9. Madrid: edit. Akal.
- GRANET, M. 1959. *El pensamiento chino*. México: edit. UTEHA.
- HERNÁNDEZ, M.C. 1999. (edit.), *Filosofías no occidentales*. Madrid: edit. Trotta.
- LOMBARD, D. 2000. *La China imperial*. Barcelona: edit. Idea Bo-oks.
- MACKENZIE, D.A. 1995. *La India. Mitos y Leyendas*. Madrid: M.E. Editores.
- MAILLARD, C. 2000. *La sabiduría como estética. China: confucianismo, taoísmo y budismo*. Madrid: edit. Akal.
- MASPERO, H. 2000. *El Taoísmo y las religiones chinas*. Madrid: edit. Trotta.
- MASSON-OURSEL, P., / STERN, Ph., / DE WILLMAN-GRABOWSKA, H. 1957. *La India Antigua y su civilización*. México_ edit. UTEHA.
- MONTENEGRO, A. 1974. *Historia de la China antigua*. Madrid: edic. Istmo.
- MUÑOZ GOULIN, J. 2002. *La Ruta de la Seda*. Madrid: Acento edit.
- PANIKKAR, R. 2000. *La experiencia filosófica de la India*, Madrid: edit. Trotta.
- SAID, E.W. 2003. *Orientalismo*, Barcelona: edit. Mondadori.
- SCHMIDT-GLINTZER, H. 2001. *Antigua China*. Madrid: Acento edit.

- SCHUON, F. 1983. *Castas y razas*. Barcelona: edit. Sophia Perennis.
- SPEAR, P. 2001. *Historia de la India II*. México: edit. F.C.E.
- THAPAR, R. 2001. *Historia de la India I*. México: edit. F.C.E.
- WERNER, E.T.C. 1997. *Cuentos e historias de la Antigua China*. Madrid: M.E. Editores.
- WHITFIELD, S. 2000. *La vida en la Ruta de la Seda*. Barcelona: edit. Paidós.
- ZIMMER, H. 1997. *Mitos y símbolos de la India*. Madrid: edit. Siruela.